

La profesionalización del fútbol y el nacimiento del espectáculo deportivo Rosario 1930-1939.

Roldán, Diego P. ¹

Resumen

La ponencia indaga breve e introductoriamente sobre las condiciones de posibilidad de la profesionalización del fútbol rosarino a comienzos de la década de 1930s. Asimismo, explora las sensibilidades activadas por este proceso. En este sentido, se detiene en el análisis de la producción esquemas culturales y políticos alrededor de un fenómeno genéricamente etiquetado por los agentes socio-culturales como *mercantilización del deporte*. En esta primera parte de la comunicación, el propósito reside en indagar sobre la relación existente entre esas matrices de interpretación y las posiciones sociales de los agentes involucrados en la puesta en juego y debate de diversos puntos de vista sobre la profesionalización futbolística. Finalmente, una vez instalada la profesionalización, el argumento explora las relaciones sociales activadas con la puesta en marcha de un espectáculo futbolístico de masas. Una configuración sociocultural que alcanzó mayor relevancia y dimensión en 1939, con la inclusión de Rosario Central y Newell's Old Boys en el torneo nacional de AFA. En esta segunda parte, el trabajo se concentra en las cuestiones atinentes a la formación de la figura del hinchado, a las relaciones sociales mantenidas en los estadios y a la relación del deporte con el mercado del entretenimiento y el tiempo libre.

Palabras clave: Espacio social – *illusio* - relaciones sociales - esquemas culturales - sociedad de masas.

Introducción

¹Investigaciones Socio-Históricas Regionales (IISHIR-CEHIR CONICET)
Universidad Nacional de Rosario (UNR)

En Rosario, la práctica futbolística fue un producto inmigratorio. Los británicos de las empresas ferrocarrileras fundaron el Club Atlético Rosario que inauguró la práctica a fines del siglo XIX. Los primeros encuentros fueron disputados en círculos exclusivos. Con el cambio de siglo, la práctica fue extendiéndose. Los clubes formaron equipos y, en 1905, el Atlético impulsó la organización de una Liga Rosarina de Fútbol (LRF). La primera década del siglo XX, la práctica futbolística fue difundida en lo alto del espacio social por los grupos británicos que controlaban la LRF, en un nivel intermedio por los torneos que (re)producían rivalidades e intereses y en la zona inferior por los clubes barriales que encarnaban el fútbol entre los aficionados.

La primera guerra mundial, el comportamiento de los simpatizantes y el profesionalismo encubierto, entre otros factores, provocaron el éxodo del AR. Hacia 1917, sus miembros hallaron refugio en deportes menos populares y más distinguidos: rugby y tenis. La popularización del fútbol era un hecho. A mediados de la década de 1920. Las competencias locales, nacionales e internacionales provocaron una gran expectativa social. La práctica se extendió, la prensa le prestó mayor atención y los aficionados se multiplicaron. La combinación de estos procesos procuraron las condiciones de posibilidad de la profesionalización futbolística.

Esta comunicación explora las sensibilidades activadas por la profesionalización. En la primera parte, se analiza la producción esquemas culturales y políticos alrededor de la llamada *mercantilización del deporte*, atendiendo a la relación de esas interpretaciones con las posiciones sociales de sus enunciadores. Luego, el argumento indaga sobre la puesta en marcha de un espectáculo futbolístico de masas, concentrándose en las cuestiones atinentes a la formación de la figura del hincha, a las relaciones sociales mantenidas en los estadios y el vínculo del deporte con el mercado del entretenimiento y el tiempo libre.

1. Posiciones y esquemas

La Liga Argentina de Football (LAF) se formó en 1931. Luego de una huelga de jugadores, convocó a profesionalizar los equipos de los principales clubes porteños. (Frydemberg, 2005). Con un propósito idéntico, poco después, se fundó la Asociación Rosarina de *Football* (ARF), que sustituyó a la LRF. Esa simultaneidad obedeció a conflictos análogos entre clubes y equipos. La ARF intuyó la necesidad de profesionalizar el fútbol para evitar la migración de jugadores a Buenos Aires. Para los futbolistas, el juego profesional era una oportunidad seductora. El dinero fue una parte del convite, la otra era el prestigio del futbol porteño.

Dos argumentos fueron utilizados por los adversarios de la profesionalización. El primero, indicó que la monetización del deporte lo envilecería. Los clubes serían los amos de jugadores *esclavizados* y el deporte sería *deshumanizado* a manos del mercado y la competencia. Esos grupos clamaron por un retorno "...al deporte por el deporte mismo. Su industrialización e internacionalización ha determinado prejuicios físicos, morales y espirituales." (*La Capital*, 21/10/1933: 6)

Con matices, esas ideas fueron impulsadas por los agentes dominantes, grupos que ascendían en el espacio social, los higienistas y la izquierda. Para todos ellos, la profesionalización era un hecho aberrante. Por una posición conquistada, el afán de obtenerla o la aversión al mercado, estos grupos repudiaron el salario deportivo. Los de posición asegurada valoraron al deporte como signo de distinción social de matices excluyentes (Bourdieu, 1988). Pocos debían consagrarse *en cuerpo y alma* al *sport*, participando de una lucha caballeresca y regulada. La victoria carecía de importancia, ante la orquestación ritual del encuentro (Guttmann, 1978). El deporte era un juego de honor, masculinidad, refinamiento y sofisticación. Los menos encumbrados se regodearon en los elementos sacrificiales del deporte (Wacquant, 2005). Lo entendieron como una escuela de moralización, aledaña a las virtudes laborales que, en su imaginario, conducían al ascenso social. La *futbolización* de la cultura física, que impulsó la profesionalización y el espectáculo masivo, fue criticada por los higienistas,

quienes condenaron su introducción en las escuelas, como relevo de la *gimnasia racional* (Romero Brest, 1938). La izquierda percibió en la profesionalización del fútbol un signo de la decadencia del capitalismo. A la vez, los espectáculos deportivos revelaron su capacidad para perpetuar el orden; el fútbol era un dispositivo alienante. Los estadios reemplazaron a las iglesias, los partidos eran un nuevo *opio de los pueblos*.

Muñoz Diez, concejal del Partido Comunista, atacó el proceso de mercantilización del fútbol, subrayando la complicidad del Estado capitalista (Diario de Sesiones Concejo Deliberante 15/10/1929). No repudió, sin embargo, la práctica en sí misma. El deporte era una herramienta de concientización y politización, un cascarón vacío capaz de captar los atributos de quienes lo organizaran. En esta concepción, el fútbol no era una relación social sino un instrumento. Al igual que el Estado de la interpretación leninista podía utilizárselo como garantía del sistema y herramienta represiva o como llave de la revolución.

A ojos de Muñoz tanto las justas por el honor o el sacrificio burgueses como la cultura física nacionalista e higienista eran irrelevantes. El deporte *debía ser* una preparación para la lucha de clases. Los nacionalistas e higienistas, Arrospegaray (1943) y Pignetto (1920), lo pensaron como un apresto para la guerra y el trabajo. Era un vector de mejoramiento de la raza y la productividad (Roldán, 2010). Mientras, para los comunistas, produciría militantes sanos y fuertes para combatir por la revolución y trabajar en la construcción del socialismo. El mejoramiento racial y el hombre nuevo surgirían de la cultura física higienista y el deporte socialista.

Los agentes subalternos desconocían el *ethos* sacrificial, caballeresco o contestatario del deporte; consecuentemente se dejaron tentar por la profesionalización. La existencia de deportistas talentosos fue su condición necesaria. El horizonte laboral de muchos jóvenes se plegó con la crisis de 1929, el fútbol profesional insinuó una esperanza de ascenso social.

La vinculación del fútbol al mercado promovió analogías entre el club y la

empresa, entre los jugadores y los asalariados. La compensación económica organizó los intereses de dirigentes, jugadores y entrenadores alrededor de la victoria. La profesionalización formó las condiciones de absorción del juego en el trabajo. Un contrapunto entre fuerza y habilidad estimuló los debates del deporte argentino (Archetti, 2001). Los juegos de honor fueron subalternizados, exigiéndose nuevas aptitudes. La emotividad desordenada fue tendencialmente reprimida y la *illusio* del juego fue encausada hacia el resultado (Bourdieu, 1997). El jugador se transformó en un empleado del club, ya no jugaría por placer, honor o diversión, sino para ganar puntos, dinero y prestigio.

El adiestramiento supuso un ajuste en la coordinación. La mayoría de los jugadores prefería continuar con el *estilo criollo*, basado en el toque, la gambeta y la improvisación. Los entrenamientos se introdujeron lentamente, la profesionalización impulsó ensayos para el acople de formaciones variables, procuradas por el mercado de pases. Esos simulacros permitieron a los jugadores ejecutar velozmente movimientos preparados. El entrenamiento fue un atajo para la maduración del juego.

En los años 1930s., el futbolista fue (re)conocido como el dominador de un arte, cuya destreza podía ser natural o conquistada con esfuerzo. La infancia era decisiva para el futuro del jugador. La selección deportiva alcanzó las divisiones inferiores de los clubes (Ongay, 1991: 19). Jugar como profesional se transformó en *el sueño del pibe*, ese chico de condición humilde forjado por los picaditos del potrero y retratado por Borocotó en *El Gráfico* (Archetti, 1995). Los amateuristas terminaron cediendo ante el avance de la profesionalización que fue ratificado por el *fútbol-espectáculo*.

2. El nacimiento del espectáculo

Las tribunas comenzaron a disputar protagonismo al campo. La participación verbal y corporal del espectador desestructuró el corsé normativo propio de celebraciones oficiales y religiosas. El comportamiento de los aficionados fue

observado por periodistas e intelectuales como *irracional*. Quienes quedaron fuera de la *illusio* creyeron que el fútbol apenas disimulaba un *combate corporal bárbaro*. La violencia dentro y fuera del terreno de juego fue adjudicada a la *incultura* y a la excesiva atención en el resultado. Ambas eran consecuencias de la popularización del deporte (*La Capital* 25/5/1934: 6).

Aparentemente, esa concentración en la victoria y la revancha formó al hincha, un hombre sumiso a los rituales de la *espontaneidad futbolera*. El fútbol de tribuna exige la puesta en juego de variadas formas de expresión, de un repertorio de performances. Todo el cuerpo se compromete en un espectáculo total, en el que los hinchas son actores, espectadores y objetos del espectáculo (Bromberger, 1995). La mimesis con el drama y la lucha ritual se enmaraña. Cuando la agresión verbal alcanza a la violencia física, el rostro del *proceso de la civilización* esquivo las tribunas y el campo de juego.

La masividad y la popularización fueron inquietantes, se les achacó la *degeneración del fútbol*. La cultura popular habría trasladado a los estadios su *esencial intemperancia*, la prensa y la policía instaron al público a la pasividad y la tranquilidad. Encausar esos hábitos fue una tarea difícil. (*La Capital* 12/4/1933: 6)

Pero la sensibilidad de los hinchas no sólo tendió a la violencia y la agresividad. La mayor parte del tiempo, experimentaron una confraternidad simbólica y materialmente apuntalada. Los simpatizantes de un mismo equipo fueron atraídos por su dedicación al club, eran miembros de una *comunidad imaginada* sostenida por el club de sus preferencias (Anderson, 1993). Esa *comunidad de la hinchada* se formó por intercambios y encuentros replicados, en el tiempo por campeonatos y partidos, y en el espacio por la infraestructura del club. La afición construyó una historia mitológica, incierta y discutible, pero trasmisible y operativa. Esas narrativas fecundaron una identidad cerrada y purificada, destinada a una glorificación tan amplia como improbable.

Los hinchas no sólo construyeron mitos y fraternizaron. Las comunidades *siempre* fueron y son imaginadas y las diferencias sólo pudieron ser diluidas por un ritual

aglutinante. “Las tribunas oficial [de socios] y popular [de aficionados no socios] están separadas por alambres y tabiques, que impiden su comunicación, evitando así que los de una categoría pasen a otra.” (Expedientes Terminado Concejo Deliberante, Rosario, mayo 1932, t. II, f. 2897). Como lo atestigua este fragmento, es posible formar parte de una comunidad deportiva, pero los capitales amasados en otros campos rigen la distribución espacial de los agentes. El alambrado de la tribuna fractura, clasifica, ordena.

La incorporación de RC y NOB al campeonato nacional, en 1939, exacerbó el fanatismo y sumó nuevos seguidores. El fútbol rosarino obtuvo su carta de ciudadanía en el nivel nacional. La práctica se argentinizó ostensiblemente. La Asociación del Fútbol Argentino, fundada en 1934, eliminó la denominación inglesa del deporte. La prensa colaboró, con relativo éxito, al proceso de nacionalización de los significantes futbolísticos. Algunos términos sobrevivieron en el imaginario y *la lengua popular*.

La popularización del fútbol y su nacionalización fueron un hecho para 1940. Los agentes subalternos se apropiaron del deporte, cargándolo con sus códigos de masculinidad y dignidad. La resultante de ese proceso fue un efecto no deseado para los amantes del *sport pour le sport*. Los intercambios entre tribunas construyeron multitudes, donde las identidades sociales eran atenuadas por las deportivas.

Los guardianes del orden comprendieron que esos enfrentamientos rituales eran preferibles a otras formas de *(in)cultura*. Los agentes subalternos no practicaron la cultura física que los higienistas diseñaron, pero, el fútbol, en el campo de las *diversiones populares*, los integró, aunque subordinadamente, a una sociedad en el umbral de su masividad.

Los defensores de la cultura física, críticos de la profesionalización y popularización debieron afrontar la irrevocabilidad de ese proceso. Sus valores fueron conmovidos por la maquinaria del mercado que organizó al deporte. Ricardo Martínez Carbonell (1938) escribía en *Cultura Sexual y Física*: “La palabra

deporte parece que siempre lleva algo de competencia [...] es un inconveniente para que se los adopte como mediada de educación física, cuyo único objeto es el desarrollo armónico del cuerpo.” Quince años después, Martínez Carbonell fue el director técnico de NOB. La cultura física perdió la pulseada, el mercado, las masas y la profesionalización la asediaron.

Conclusiones

Los jugadores fueron envueltos por la popularización en lo alto y lo bajo del campo deportivo, generado por la interacción secuencial y cruzada de la difusión, la profesionalización y la masificación del fútbol. Buscaron vestir las camisetas más populares, combinando su propia afición y la notoriedad del deporte. La adscripción institucional de los primeros profesionales se resolvió en una ecuación de dos términos: uno dictado por las afinidades y otro por el cálculo. Desde una perspectiva purificadora, estas actitudes eran contradictorias, pero las urbanizaciones modernas las hicieron complementarias.

Löwenthal (1984) y Alabarces (2002) estudiaron la reconfiguración de las relaciones de producción y consumo en los campos económico y cultural de la entreguerras. Ese proceso diseñó un puente que condujo del “héroe de la producción” al “héroe del consumo”. El deporte, como parte de la cultura física, fue opacado por la difusión social, la profesionalización y el espectáculo. El mercado construyó un sistema de estrellas-deportivas. Las figuritas de jugadores se vendían en los kioscos junto a las golosinas desde fines de la década de 1920. La fantasmagórica maquinaria de la industria cultural se puso en marcha. Su combustible fue el ensueño y el deseo de hombres y mujeres que ansiaban experimentar los polimorfos laberintos del consumo y el tiempo libre.

Bibliografía

Alabarces, Pablo (2006): Fútbol y patria. Las narrativas del deporte en la argentina. Prometeo, Buenos Aires.

Anderson, Benedict (1993): *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica. México.

Archetti, Eduardo (1995) “Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino”. En *Desarrollo económico*, vol 35, núm 139.

Archetti, Eduardo (2001): *El portero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*. FCE, Buenos Aires.

Bromberger, Christian (1995): *Le match de football. Ethnologie d'une passion partisane à Marseille, Naples et Turin*. Maison des sciences de l'homme, Paris.

Bourdieu, Pierre (1988): *Cosas Dichas*. Gedisa, Barcelona.

Bourdieu, Pierre (1997): *Razones prácticas para una teoría de la acción*. Anagrama, Barcelona.

Frydenberg, Julio D. (2005) “La profesionalización del fútbol argentino: entre la huelga de jugadores y la reestructuración del espectáculo”. En *Entrepasados*, núm. 27, pp. 73-94.

Guttman, Allen (1978): *From Ritual to Record: The Nature of Modern Sports*. Columbia University Press, New York.

Löwenthal, Leo (1984): *Literature and Mass Culture*, Transaction Books, New Brunswick (USA) – London (UK).

Roldán, Diego P. (2010) “Discursos alrededor del cuerpo, la máquina, la energía y la fatiga: hibridaciones culturales en la Argentina fin-de-siècle”. En *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, Rio de Janeiro, v.17, n.3, jul.-set. 2010, p.643-661.

Wacquant, Loïc (2005): *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Fuentes Documentales

Arrospidegaray, Juan Bautista (1943): *La Gimnasia al alcance de todos*. Rosario.

Diario de Sesiones del Concejo Deliberante. Rosario, 1929.

Expedientes Terminado Concejo Deliberante. Rosario, mayo 1932, t. II.

La Capital 1933-4.

Martínez Carbonell, Ricardo (1938): "Deporte". En *Cultura Sexual y Física*, año II, vol. II, Claridad, Buenos Aires.

Ongay, Oscar (1991): *Rosario, fútbol y recuerdos*. Editorial Amalevi, Rosario.

Pignetto, Manuel (1920): "Discurso sobre el entrenamiento y la guerra". En Dirección General de Tiro y Gimnasia *El Tiro Nacional Argentino*, año XI, núm. 121.

Romero Brest, Enrique (1938): *El sentido espiritual de la educación física*. Librería El Colegio, Buenos Aires.